

**"IRÓNICA
PENA DE
VIDA"**



C.J.

Era un frío febrero cuando mi vida y mi mentalidad cambiaron por completo. Estaba a punto de comenzar la final del torneo universitario de debate en el que yo participaba como finalista. ¿Mi rival? Mi preciosa y bondadosa novia, Sara. Y, por si fuera poca la tensión, entre los asistentes del exigente público estaba mi padre, hinchado de orgullo.

El tema del debate no podía ser más polémico: la pena de muerte. Sara, con ese enorme corazón que le caracteriza, mostró rabiosa su intenso desprecio a esa condena que contradice el derecho a la vida y, no conformándose con dar su opinión, también reclamó su abolición. Los más de doscientos espectadores la ovacionaron con energía y pronunciaban rítmicamente su nombre, como si de una salvadora y ganadora se tratase.

Llegó mi turno. Me temblaban hasta las pestañas. Puse mi discurso sobre aquel rústico atril, busqué la mirada de aprobación de mi padre, carraspeé tímidamente y comencé:

—“Ojo por ojo, diente por diente”. ¿Quién no ha escuchado o pronunciado alguna vez esa expresión que resume la equidad que debería haber en caso de trasgresión? Pero, antes de que me juzguen y me abucheen, déjenme razonar mi postura, por favor —sabía que lo que iba a decir a continuación no era apto para personas sensibles, pero debía hacerlo si quería ganar el torneo y evitar malinterpretaciones—. Imagina que vas caminando tranquilamente por la calle. Antes de cruzar por un paso de peatones, tu pequeña hijita agarra fuertemente tu mano, haciéndote sentir, a su vez, fuertemente agarrado a la vida. Tu pareja sujeta con firmeza la correa de vuestro perrito juguetero. Miráis a ambos lados y, como no viene nadie, los cuatro cruzáis con precaución. Pero entonces, inesperada y velozmente, aparece de la nada un conductor borracho que ni si quiera hace el amago de detener su vehículo y os atropella brutalmente. Estás tendido y dolorido en el suelo, rodeado de personas cotillas que no paran de murmurar. Intentas levantarte, pero no puedes; algo no va bien. Aúpas dolorosamente la cabeza y ves un charco de sangre alrededor de tu niña, el cuerpo inerte e inmutable de tu pareja y las tripas de vuestro perrito esparcidas por el lugar. Estás temiéndote lo peor cuando los paramédicos te suben con delicadeza a la ambulancia y te llevan al hospital. Despiertas un tiempo después, no sabes cuánto, y un inmovilizable doctor te

dice fríamente que no han podido hacer nada por los demás. Te explica que tu hijita y tu perro murieron en el

acto; tu pareja en el traslado al hospital. Por si fuera poco, has sufrido una lesión en la médula espinal que, probablemente, te deje parálítico de por vida. Te paras a pensar en lo que acabas de oír y te das cuenta de que, en un santiamén, has perdido a tus seres queridos y tu libertad. Ahora tu única compañía será una ridícula silla de ruedas. ¿Y qué has hecho para merecerlo? Simplemente lo correcto: cruzar con cautela la calle por un paso habilitado para ello —en el auditorio había un silencio sepulcral que aproveché para hacer una pausa que invitase a la reflexión—. ¡Y eso no es todo! —continué con un entusiasmo injustificable—. Quieres hablar con el conductor, para entender lo ocurrido, pero nunca podrás porque se dio a la fuga. Pasan los meses y, gracias al arduo trabajo de la policía científica, encuentran el vehículo implicado y, por consiguiente, al conductor y responsable de semejante tragedia. En el juicio le ves: un hombre desaliñado, maloliente y que babea, probablemente debido a un consumo desorbitado de drogas. No sólo no se disculpa, sino que se exculpa. Pone excusas y más excusas que no te devolverán a tu familia jamás. Que le deslumbró la luz del sol, que le fallaron los frenos, que vosotros os lanzasteis de golpe a la carretera... Está empezando a hervirte la sangre y a desarrollarse en ti un deseo peligroso de venganza, cuando el juez le castiga con pena de muerte. Ahora sí, ahora sientes un ligero alivio. No volverás a caminar, pero ese sinvergüenza tampoco. No volverás a disfrutar de tu familia, pero ese sinvergüenza tampoco. Y te sentirás muerto en vida, pero, al menos, ese sinvergüenza no volverá a sentirse vivo. No arruinará más vidas —pausé, bebí un poco de agua y continué—. Gracias, Dios, por crear la Ley del “ojo por ojo”. Gracias, justicia, por amparar la pena de muerte. Y gracias, muerte, por defender la vida. ¡Porque muerto el perro, se acabó la rabia! —di un golpe en el atril y algunos espectadores, entre ellos mi efusivo padre, rompieron a aplaudirme con energía y vitorearme. Lamentablemente, y como era de esperar, mi discurso no gustó a todos.

—¡Panda de bárbaros! —gritó una mujer entre el público—. ¡Eso son prejuicios! El conductor de tu ilustración también pudo haber sufrido en el pasado una tragedia que le llevó a caer en las garras del alcohol y las drogas. ¿No lo convertiría eso en una víctima? O quizá tiene una enfermedad mental sobre la que no tiene control. O puede que ya esté luchando con sus adicciones y sólo necesite un poco de tiempo. ¿De verdad vamos a ignorar el contexto y los sentimientos de los condenados a muerte?

—¿Se hubiera dado a la fuga si hubiera tenido buenos sentimientos? —refuté—. ¿Acaso no habría pedido perdón, en vez de excusarse? ¿De verdad queremos disculpar actos indisciplinables?

Aunque en un concurso de debate hubiera significado una derrota, no tendría que haber objetado. El público se puso a discutir, y no a debatir. Había dos bandos claramente marcados: a favor y en contra. Mi bando era el más minoritario. Nos acusaban de intolerantes, insensibles, crueles, inhumanos... hasta oí a alguien llamarnos “el cáncer de la humanidad”. Las cosas se estaban poniendo muy feas. Mi padre subió a la plataforma para ayudarme a salir ileso, pero los feroces opositores estaban decididos a impedirlo. Me insultaban, me tiraban objetos, me zarandeaban... Percibí que la furia de mi padre estaba encendiéndose y le supliqué que no hiciera caso. Pero pareció no oírme. Escuchar a alguien decir “una bestia huyendo con otra bestia” fue la gota que colmó el vaso. Mi padre comenzó a dar golpes a todo lo que se ponía por delante. Perdió el control.

—Papá, por favor, ¡para! ¡Tengo miedo! —mi padre me ignoraba—. ¡Para, te digo! ¡No te pongas a su altura! ¡No seas como ellos! —de nuevo, fue inútil—. ¡Paraaaa! —grité en vano, entre lágrimas de terror. Papá no atendía a razones.

En un último intento por apaciguar el revuelo que había creado, volví al atril, di unos toques en el micrófono y, tras comprobar que seguía encendido, improvisé otro discurso.

—¡Alto! ¡Que todo el mundo se calme! —grité—. Porque en un torneo de debate siempre hay opiniones dispares, y eso no significa que unas sean mejores que otras; simplemente son opiniones diferentes. Que todo el mundo se calme para que no se eche a perder el civismo y el respeto que tantos siglos lleva persiguiendo la raza humana. Y, sobre todo, que todo el mundo se calme porque somos personas, no animales.

—¡Tú sí que eres un animal! —contestó no sé quién.

Mis palabras avivaron todavía más el fuego. Vi a Sara detrás del telón y me hizo un ademán para que la siguiera. Pero no podía abandonar a mi padre, que seguía metido

en una brutal pelea contra varios infelices. No sabía qué hacer. Si entraba en el círculo, me matarían; pero, si no lo hacía, podrían matar a mi padre. Mientras estaba pensando

si tomar la decisión insensata o la cobarde, vi a papá cometiendo el error más grande de su vida: levantó un objeto grande, quizá un altavoz, y se lo lanzó a otro hombre, el cuál cayó a plomo al suelo, quedó inconsciente unos segundos y, minutos después, murió.

Al fin, llegó la policía. Mi padre, yo y otros muchos fuimos detenidos. Antes de que el coche patrulla se marchase, una mujer amargada gritó que ojalá nos condenasen a muerte. <<Ojalá que no>>, pensé yo con máxima preocupación.

Estaba intentando conciliar el sueño en el calabozo cuando me paré a pensar en el deseo horroroso de aquella mujer. Si hubiese sido otro el que acaba con la vida de un hombre por un simple arrebató de ira, yo mismo hubiera sugerido para él la condena a muerte. Pero esta vez no podía aprobarlo. ¡Se trataba de mi padre! Un hombre bueno que, simplemente, cometió un error. No merecía morir. Y, en ese irónico momento, me di cuenta de lo paradójica que es la muerte.

A veces, la muerte significa justicia; otras veces, injusticia. O puede ser, en ocasiones, una liberación y, en otras ocasiones, una esclavitud. Hay quienes pedimos muerte y, minutos después, suplicamos vida. Morir puede ser la consecuencia más lógica, o la más absurda. Podemos esperar la muerte, o no verla venir... Y todo esto depende, sencillamente, de nuestro punto de vista y nuestra manera de ser.

Y, ahí, en esa mugriente celda, comprendí que, como si de un torneo de debate se tratase, no hay opiniones acertadas o desatinadas sobre la muerte; simplemente son opiniones diferentes. Si en vez de imponer, tratamos de respetar, nos daremos cuenta de que, independientemente de lo que cada uno crea, todos tenemos una verdad en común: y es que no puede morir quien no está vivo. Y pensé: << ¿Y yo? ¿De qué grupo soy? ¿De los muertos en vida, o de los vivos muy vivos?>>. ¡Quiero estar vivo y, más importante aún, sentirme vivo! Por eso, aquel mordaz veintitrés de febrero, decidí que, de ahora en adelante, defendería la irónica “pena de vida”, porque, aunque a veces vivir no es fácil, siempre vale la pena. Sólo debemos tener paciencia con quienes aún no lo han descubierto.

FIN